

ALEPH

número 18
(enero de 2004)



Jornada del sábado 22 de marzo de 2003
organizada por ALEPH con el apoyo del **FNRS** y de la **ULB**
y de la **Embajada de México**

Para citar este artículo: Ordiz, Javier. "Mito, historia y literatura. El ideario de Carlos Fuentes a través de sus ensayos". *El ensayo mexicano*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 18, Lefere R. (ed.). 2003, pp. 47-57. ISSN 1784-5114.
Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

Mito, historia y literatura. El ideario de Carlos Fuentes a través de sus ensayos.

Javier Ordiz
Universidad de León (España)

Carlos Fuentes es uno de los escritores más prolíficos del panorama actual de las letras iberoamericanas. Conocido sobre todo por su extensa producción narrativa, Fuentes ha sido también autor teatral –aunque de pocas piezas de nulo éxito– y desde 1968 hasta la actualidad ha publicado un total de 11 volúmenes de ensayo en los que ha dejado constancia de su pensamiento, su vida personal y sus obsesiones recurrentes y que se han convertido en apoyos inestimables y en ocasiones necesarios a la hora de interpretar su obra creativa. Caso evidente de esta proximidad lo constituye el libro titulado *Cervantes o la crítica de la lectura*, que Fuentes concibe como complemento o explicación del trasfondo teórico de su novela *Terra Nostra* y en cuyo apéndice incluye una extensa bibliografía de consulta común para ambos volúmenes.

En las líneas que siguen voy a intentar exponerles a uds. de la forma más coherente posible un muestrario de los principales temas que recorren las páginas ensayísticas del mexicano. Obviamente la limitación temporal de este acto obliga al resumen y al "trazo grueso" en el desarrollo de unas ideas que con frecuencia adquieren diversos y enriquecedores matices en su plasmación escrita. Debe quedar además al margen de mi consideración la dimensión ensayística que presenta gran parte de la obra creativa del autor, y que es especialmente perceptible en obras como *La región más transparente*, *Cambio de piel* o la más reciente *Los años con Laura Díaz*. Mis comentarios se ceñirán por tanto a los límites estrictos que

nos proponen los contenidos de los once volúmenes mencionados con anterioridad.

Las obras de ensayo de Carlos Fuentes no responden en su gran mayoría al concepto tradicional del género y se nutren principalmente de la recopilación de artículos varios publicados previamente en diarios o revistas. De hecho tan sólo dos de estos libros se han concebido desde un principio con un criterio unitario y coherente; me refiero a *La nueva novela hispanoamericana* y *El espejo enterrado*, aunque éste último nació en realidad como un guión escrito por encargo para una serie televisiva de carácter documental. El resto son, como he dicho, antologías realizadas con mayor o menor fortuna, que en ocasiones evidencian una clara ausencia de criterio lógico en la selección de los materiales. Valga como ejemplo el volumen *Nuevo tiempo mexicano*, en cuya composición se han entremezclado artículos de prensa con un intercambio epistolar entre el subcomandante Marcos y el escritor y la transcripción de un intrascendente discurso pronunciado en una recepción del Ayuntamiento de Xalapa. Otra de las características de estas obras –quizás por este mismo motivo al que estoy aludiendo– es la reiteración en los mismos contenidos, conceptos y hasta expresiones que se sucede en todas ellas, de forma que cuando se va avanzando en su lectura se va teniendo la creciente sensación de estar leyendo el mismo texto repetido con algunas variantes poco significativas.

Los diferentes temas a los que Fuentes presta atención particular en sus comentarios ensayísticos se podrían encuadrar en torno a tres grandes apartados: 1) reflexiones sobre la historia y la cultura de México e Hispanoamérica, 2) estudios, opiniones y análisis sobre la creación literaria y la obra de escritores concretos, y 3) escritos sobre historia y política contemporáneas, tanto a nivel nacional como internacional.

El primer punto, el más amplio y a la vez el más complejo, obedece al intento del autor por hallar las claves de la identidad de su país a través de un repaso a los principales avatares de su historia. Se inscribe Fuentes en este sentido en una amplia tradición de autodefinición conocida como *filosofía de lo mexicano*, que inició

Samuel Ramos en 1934 con su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*. En las tesis de Ramos se basará más tarde Octavio Paz para escribir y publicar en 1950 *El laberinto de la soledad*, sin duda alguna el ensayo más importante y de mayor influencia dentro de esta vertiente teórica. El magisterio de Paz es a su vez evidente en la obra de varios jóvenes escritores que inician su carrera en los años 50, y Fuentes se convertirá pronto en uno de sus discípulos más aventajados. Sus primeras novelas, en especial *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, reflejan con claridad la influencia de *El laberinto...* y lo mismo puede decirse en el caso de los ensayos y artículos, donde Fuentes hace suyas muchas de las opiniones de Paz sin reconocer a veces de forma conveniente la paternidad de las ideas que desarrolla.

En sus análisis históricos, Fuentes propone un amplísimo recorrido a través de las diferentes etapas y culturas que han ido conformando la personalidad de su país en particular y de Iberoamérica en general. Es un viaje que, como señala en *El espejo enterrado*

Se extiende de las piedras de Chichén Itzá y Macchu Picchu a las modernas influencias indígenas en la pintura y la arquitectura. Del barroco de la era colonial a la literatura contemporánea de Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez. Y de la múltiple presencia europea en el hemisferio –ibérica, y a través de Iberia, mediterránea, romana, griega y también árabe y judía– a la singular y sufriente presencia negra africana. De las cuevas de Altamira a los grafitos de Los Ángeles. Y de los primerísimos inmigrantes a través del estrecho de Bering, al más reciente trabajador indocumentado que anoche cruzó la frontera entre México y los Estados Unidos.¹

Sobre todos estos tiempos y lugares escribe Fuentes de forma precisa y documentada en este libro, con la intención de señalar a cada paso del camino el sedimento que los distintos aportes han ido dejando en la América de hoy. El autor propone la articulación de la evolución histórica del continente en torno a tres etapas que define como las de la Utopía, la Epopeya y el Mito. La Utopía que estimuló en principio la llegada de los visitantes europeos a esas tierras para ellos desconocidas, deja paso con el tiempo a la epopeya bélica de la

¹ Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, FCE, 1992, p.11.

dominación militar y la lenta y progresiva creación y consolidación de los Estados nacionales, y más tarde al mito, en la tarea en la que el propio escritor se siente involucrado de reconocer las dimensiones de su cultura y asentar sobre ella los resortes de la memoria y la imaginación. Esta preocupación por las variadas expresiones mitológicas de los diferentes sustratos culturales de Hispanoamérica y su relación con los mitos de otras partes del mundo, se halla muy presente en las reflexiones y sobre todo en la obra narrativa de Fuentes.

El interés primordial del autor en sus periplos por la historia se centra de manera particular en México, que ha descrito reiteradamente como una realidad pluricultural y multirracial que encuentra su expresión y su significado en el mestizaje. El escritor inicia su recorrido en el mundo indígena prehispánico y el drama de la conquista, que a su juicio no logró erradicar la presencia del pasado en la vida ulterior del país. Es la de México, en opinión de Fuentes, una cultura doblemente mestiza, de largas y profundas raíces que se extienden desde Tenochtitlan hasta la antigua Grecia, y que a lo largo de la Historia se ha significado más por las negaciones que por los reconocimientos. Negación primero por parte de España de sus elementos árabes y judíos; negación después por parte de la nueva sociedad criolla del pasado indígena en aras de una ilógica imitación de Europa; negación por parte de unos y otros –criollos e indígenas- del papel de España en México. La historia de este país se ha disfrazado siempre con diferentes máscaras que sólo se han derrumbado en el momento de autorreconocimiento que supuso la Revolución, cuando el país negado y oculto recuperó su imagen y se pudo contemplar a sí mismo en el espejo.

El pasado no ha muerto, nos dice Fuentes, y sigue aún vivo en casi todos los órdenes de la vida cotidiana de México. Desde el color de la piel a las lenguas precortesianas aún hoy habladas en numerosos lugares, desde las oraciones que esconden recuerdos de las antiguas deidades al pensamiento mítico del campesino de Morelos o Michoacán, desde los sacrificios humanos de los aztecas al sacrificio de los jóvenes en Tlatelolco en 1968, desde los antiguos tlatoanis al Presidente de la República, todo nos está indicando que

“no hay futuro vivo con pasado muerto”² y que México sólo se reconocerá y se aceptará a sí mismo cuando sea capaz de asumir y aceptar su historia.

Los ensayos sobre literatura de Carlos Fuentes –y entro así en el segundo de los apartados que señalé con anterioridad– se dirigen a su vez hacia tres aspectos principales: a) la literatura como producto o reflejo de una situación histórico-cultural determinada, b) reflexiones teóricas sobre el quehacer literario, y c) estudios concretos de obras y autores.

El primer punto se relaciona estrechamente con las consideraciones histórico-culturales que hemos visto en el apartado anterior. El escritor descubre en los textos literarios más relevantes del mundo hispano un reflejo de la situación y los problemas de su época, y presta especial atención a las obras de la literatura española realizadas en los tiempos que precedieron al descubrimiento y la conquista –*El libro de buen amor* y *La Celestina* sobre todo– para detenerse de manera especial en *El Quijote*, novela que el mexicano ha valorado como un hito trascendental en la historia de la literatura occidental y a la que ha dedicado una gran cantidad de artículos, comentarios y conferencias.

Cervantes, nos dice Fuentes, elabora su obra en un mundo dominado por la obsesión contrarreformista, y la convierte en una auténtica alegoría de las tensiones del momento al contar la historia de un hombre que se empeña en trasladar a la realidad su lectura unívoca de los textos literarios sin darse cuenta de que el mundo real, ambiguo y cambiante, no coincide en absoluto con la imagen que de él tiene a través de la literatura. Estamos, por tanto, ante el enfrentamiento entre la certeza y la univocidad medievales y la duda y oscilación renacentista-barrocas, y ante una obra que supone al mismo tiempo una profunda reflexión sobre el ser mismo de la literatura y la naturaleza de la narración. Cervantes, y con él la tradición que inaugura, no pretende por tanto reflejar la realidad, sino crear una realidad paralela instalada en la imaginación y el lenguaje. En respuesta al mundo ordenado y armonioso de la

² Carlos Fuentes, *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994, p.9.

literatura anterior, la duda y la ambigüedad se instalan en diferentes órdenes del relato. Ya no estamos ante el narrador épico, seguro de sí mismo y tremendamente eficaz en la transmisión de datos sobre su héroe. Por el contrario, el olvidadizo narrador cervantino no recuerda, o no quiere recordar siquiera, el lugar donde vive el personaje, al tiempo que surgen numerosos interrogantes sobre la propia autoría de la obra e incluso el nombre real del protagonista. Cervantes inaugura una tradición literaria rica y fecunda, cuyos ecos perviven hasta nuestros días: la de la novela abierta, ambigua, que ofrece varias dimensiones y posibilidades de enfocar la realidad; la novela del narrador múltiple o inseguro, que exige la colaboración o la complicidad del lector para completar su obra, del héroe alejado de la grandeza épica y caballeresca, que viaja no en busca de aventuras o gloria, sino en pos de su identidad perdida o desconocida; la novela que está en conflicto con el mundo exterior, que sólo se reconoce a sí misma como ficción. Con estos principios relacionará Fuentes sus inquietudes y las de su generación, que analizará de forma particular en su ensayo *La nueva novela hispanoamericana*, obra de referencia básica para conocer los principios teóricos de ese llamado "boom" de la narrativa hispanoamericana de los 60 y 70.

En las páginas que dedica a analizar los resortes de la creación literaria, Fuentes deja reiterada constancia de los fundamentos que rigen su particular "poética" artística. El autor se inserta a sí mismo en el curso de una corriente renovadora iniciada en México por autores como Agustín Yáñez o Juan Rulfo, que supone a su juicio la definitiva pérdida de validez de "la forma burguesa de la novela y su término de referencia, el realismo".³ Esta "nueva novela", afirma el autor en frase que ha hecho historia en la crítica, "es mito, lenguaje y estructura",⁴ es decir, una creación artística que cuida su construcción, que se esmera en la expresión y que halla en el mito una forma de emparentar lo local con lo universal.

En *La nueva novela.*, *Valiente mundo nuevo* y *Geografía de la novela* se recogen asimismo un número abundante de ensayos

³ Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p.17.

⁴ *Ibid*, p.20.

donde Fuentes expresa la opinión y valoración que le merecen diferentes autores de tiempos y ámbitos culturales diversos. Predominan en esta nómina los escritores contemporáneos y en particular los pertenecientes al mundo de habla hispana. Algunos comentaristas han advertido una cierta contradicción entre la reiterada defensa que hace Fuentes en sus escritos de las tendencias heterodoxas y no hegemónicas en la expresión cultural y la atención que como crítico presta casi con exclusividad a las figuras más consagradas. Como señala Begoña Pulido Hernández “de hecho, en *Valiente mundo nuevo* se estudian los mismos autores que en *La nueva novela...*, con mínimos añadidos”, lo cual es para la autora un ejemplo claro de que “los ensayos literarios de Fuentes no son ejemplo de diálogo (...) entre el canon oficial y otras manifestaciones literarias no dominantes”.⁵

Los artículos de asunto contemporáneo de Fuentes se concentran principalmente en *Tiempo mexicano* (1971), *Tres discursos para dos aldeas* (1993) y *Nuevo tiempo mexicano* (1994). Son en conjunto análisis complejos y lúcidos sobre la situación política nacional e internacional, en los que el autor no rehuye el compromiso y la polémica.

En los comentarios relativos a su país, Fuentes incide de forma reiterada en la crítica al sistema político creado y amparado por el PRI, al que achaca su excesivo presidencialismo, su férreo control sobre los medios de comunicación, su persecución al disidente y la flagrante corrupción de una administración que gobierna sólo para los poderosos. De las diatribas del escritor tan sólo se salva Lázaro Cárdenas, presidente del país entre 1934 y 1940, que llevó a cabo la difícil empresa de nacionalizar el petróleo y tuvo una generosa actitud hacia el exilio español republicano. Fuentes clama contra las profundas desigualdades que existen en México, fruto a su juicio de la inexistencia de sensibilidad social en las élites gobernantes y centraliza especialmente el problema en las áreas rurales, con la denuncia de la situación de un campesinado explotado por los terratenientes locales. La Revolución no resolvió el problema agrario en su país y esto, dice Fuentes, puede dar origen a conflictos

⁵ Begoña Pulido Hernández, *Carlos Fuentes: imaginación y memoria*. Universidad Autónoma de Sinaloa, 2000, p.135.

futuros como el que profetiza en *Tiempo mexicano*: "El zapatismo no ha dicho la última palabra, porque la Revolución no ha dicho la última palabra en México".⁶ No es de extrañar que en 1994 Fuentes haya comprendido y justificado la revuelta de Chiapas como una respuesta al "sistema político y económico mexicano, antidemocrático e injusto".⁷ Es, a su juicio, un levantamiento de dimensiones históricas, al tratarse de "la primera revolución poscomunista", que tiene a su vez un significado universal al haber puesto de manifiesto "la situación de injusticia irresuelta revelada mundialmente por la caída del comunismo".⁸

La Revolución, en opinión del escritor, no abordó tampoco la tarea de democratizar al país y sus instituciones. Esta creciente demanda social se ha topado históricamente con el rechazo de los gobernantes, que en ocasiones han abortado de forma brutal y dramática estas legítimas exigencias. Así lo demuestran episodios como la matanza estudiantil del 68 o el asesinato en 1994 del candidato a la presidencia Luis Donaldo Colosio, considerado demasiado aperturista y demócrata por los *dinosaurios* del PRI. "En el caso del PRI –dice Fuentes al respecto– quienes desean el cambio son blancos inmediatos de la eliminación física".⁹ Sus críticas se extienden también hacia los medios de comunicación de su país, en especial la prensa, que "se limita a amplificar las posiciones de la alta burguesía, del gobierno de los Estados Unidos y del gobierno mexicano cuando éste coincide con aquéllos".¹⁰

Especial atención le merece a Fuentes, sobre todo en los últimos tiempos, el problema de la inmigración mexicana a EEUU. En su obra narrativa el tema se trata con amplitud en *La frontera de cristal*, y es motivo de reflexión teórica en el capítulo final de *El espejo enterrado* titulado "La hispanidad norteamericana". A juicio del escritor, esta masa migratoria, que se viene a sumar al importante contingente chicano instalado ya desde hace mucho tiempo en ese país, está contribuyendo a forjar lo que denomina

⁶ Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p.141.

⁷ *Nuevo tiempo...*, p.118.

⁸ *Ibid*, p.124

⁹ *Ibid*, p.162

¹⁰ *Tiempo mexicano*, p.74

como la "tercera hispanidad" que, augura, tendrá un peso decisivo en el futuro de esta gran potencia. "Hacia mediados del siglo XXI – nos dice Fuentes- casi la mitad de la población de los Estados Unidos hablará español".¹¹

A pesar de la claridad y la contundencia de que hace gala el novelista en sus análisis y denuncias, amplios sectores de la opinión pública mexicana perciben un cierto contraste entre lo que Fuentes escribe y la palpable realidad biográfica de un hombre que no ha querido nunca fijar la residencia en su país y que se ha movido y se mueve muy a gusto en los círculos de la élite social, política y económica mundial. En esta línea iban los comentarios que en su día dedicó Mario Benedetti tanto a Fuentes como a otros destacados miembros del llamado *boom* en su ensayo de 1974 titulado *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. El crítico y novelista uruguayo censuraba en esta obra al "creciente grupo de literatos latinoamericanos" que "construye, en internacional placidez, poemas calificados y novelas experimentales, sin perjuicio de opinar intermitentemente sobre la realidad política de estas pródigas tierras, de cotidiano riesgo".¹² Son explícitas las alusiones a Fuentes como uno de los integrantes de este grupo "que, desde la *rive gauche*, pergeña comprometidos cuentos, novelas o poemas, a menudo inspirados en los cándidos compatriotas que corren sus riesgos, no precisamente literarios, en la patria lejana, sufriente y subdesarrollada".¹³ Más directa y reciente es la denuncia que llevó a cabo en junio de 1988 en la revista *Vuelta* el escritor mexicano Enrique Krauze en su artículo titulado "La comedia mexicana de Carlos Fuentes", incluido más tarde en su libro de 1992 *Textos heréticos*. Krauze acusaba al novelista de "extranjero en su propio país" y señalaba que para Fuentes "México era un guión que conoce de memoria (...) no una experiencia personal".¹⁴ El escritor reprochó a Octavio Paz haber permitido esta publicación en la revista que dirigía, y dio por terminada su amistad con él. La reacción tardía y

¹¹ *El espejo...*, p.374.

¹² Mario Benedetti, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, México, Nueva Imagen, 1977, p.137.

¹³ *Ibid*, p.90.

¹⁴ Cit. por Steve Fairanu, "Plumas envenenadas", *Excelsior*, 9-11-1977, p.11-A.

un tanto fría de Fuentes tras la muerte del gran maestro mexicano, demuestra que sus heridas no llegaron a cerrarse nunca.

Al margen de las opiniones y comentarios sobre su propio país, Fuentes ha ido dejando constancia desde sus primeros años como escritor de sus puntos de vista sobre los acontecimientos más candentes de la política internacional. Destacan en este sentido por su reiteración las continuas críticas que el escritor ha dirigido y dirige contra la política exterior de los EEUU, que juzga ha sido especialmente agresiva hacia Hispanoamérica a lo largo del siglo XX. Se adscribe en este contexto en un sentimiento de recelo hacia el poderoso vecino muy generalizado en Hispanoamérica desde la época modernista. No nos olvidemos de los comentarios que a finales del siglo XIX y comienzos del XX realizaron escritores e intelectuales de la talla de José Martí, José Enrique Rodó, o el propio Rubén Darío, que advertían del peligro que en todos los órdenes entrañaba para el continente iberoamericano el creciente belicismo del norte. En esta misma línea, Fuentes ha condenado con dureza las intervenciones norteamericanas en lugares como Panamá o Nicaragua y su apoyo a regímenes dictatoriales como el argentino o el chileno. De todas formas, no debemos considerar a Fuentes como abanderado de una especie de antinorteamericanismo acrítico. De nuevo en consonancia con la mayoría de los pensadores modernistas, el escritor mexicano aboga por la cooperación internacional y por la convivencia pacífica entre culturas, y rechaza de forma contundente todo recurso a la fuerza o a la violencia. Suya es la visión del mundo norteamericano como una suerte de ente de doble personalidad, que ha comparado con la imagen del Dr. Jekyll y Mr. Hyde: una sociedad que tiene como sagrados los valores de la libertad y la democracia, pero que en sus actuaciones exteriores se comporta de forma agresiva, y que parece necesitar siempre de un enemigo externo para mantener su cohesión. En *Tres discursos para dos aldeas*, escrito poco después de la caída del muro de Berlín, Fuentes se preguntaba sin dar aún respuestas por la identidad de ese futuro antagonista: "¿Contra quién saldrá hoy a luchar el capitán Ajab? ¿Dónde está ahora la ballena blanca? ¿Quién es el

enemigo?”.¹⁵ Como sabemos hoy día, éste no ha tardado mucho en ser encontrado.

Las reflexiones de Fuentes sobre el papel de EEUU en el mundo y su relación con Iberoamérica se han concentrado en los últimos tiempos en sus comentarios acerca del Tratado de Libre Comercio y el fenómeno de la globalización. En el primer caso, el autor acepta la aprobación de un acuerdo que puede contribuir en su opinión a sacar a su país del aislamiento internacional, aunque señala al tiempo que ello no debe implicar la pérdida de independencia económica y política de México. Esta llamada a la no injerencia y al respeto a la diversidad se hace extensiva a nivel mundial cuando el escritor analiza el problema de la globalización. El mundo actual se halla enfrentado, en su opinión, a las tensiones derivadas de la confrontación entre la “aldea local” y la “aldea global”, es decir, entre el impulso mundializador y “el apego a la identidad cultural”¹⁶ El novelista se muestra partidario de una globalización integral, que incluya también la libre circulación de personas y la cooperación en pie de igualdad entre todos los pueblos y culturas del orbe, y no de un proceso como el actual en el que priman los intereses económicos de los poderosos.

En resumen, y para concluir, hemos visto que la producción ensayística de Fuentes nos ha llevado por caminos muy diversos a través de los cuales he intentado guiarles –no sé si con fortuna o no– en esta intervención.

Ω Ω Ω

¹⁵ Carlos Fuentes, *Tres discursos para dos aldeas*, México, FCE, 1993, p.80.

¹⁶ *Ibid*, p.75.